



El Principito

Antoine Saint Exupery

7

Lo esencial es invisible a los ojos

Comentario de texto de Manuel Ballester
Profesor de Educación Secundaria del IES «Tirant lo Blanch». Elche (Alicante)

XVI. La multitud

Resumen. El séptimo planeta fue la Tierra.

Los planetas anteriores estaban habitados cada uno por un tipo de persona. En la Tierra se encuentran juntos multitud de personas diferentes: cientos de reyes, miles de geógrafos, etc.

Comentario. Este capítulo es muy breve. Pienso que es debido

a que Saint-Exupéry quiere destacar que aquí hay un cambio de ritmo. Hasta ahora habíamos visto que el Principito, como fruto del amor, es consciente de que debe madurar y para eso debe salir de sí para aprender. Inicia por eso el análisis de una serie de modos de ser adultos que nos ha ocupado los últimos capítulos.

Ahora estamos en la Tierra. La Tierra es un planeta especial. En un sentido es muy distinto a los planetas anteriores: es muy grande y en ella caben muchos tipos humanos diversos.

Desde este punto de vista, la Tierra simboliza el mundo real. Hay personas en las que predomina un determinado tipo de rasgos, pero los tipos puros



son escasos, quizá inexistentes. Se trata más que de personas realmente existentes, de tendencias; es decir, aspectos de la personalidad que en unas personas están más acentuados que en otras, o de un determinado modo de ser en el que destaca una cualidad sobre las otras. No obstante el conocer los tipos puros ayuda a entender mejor la realidad.

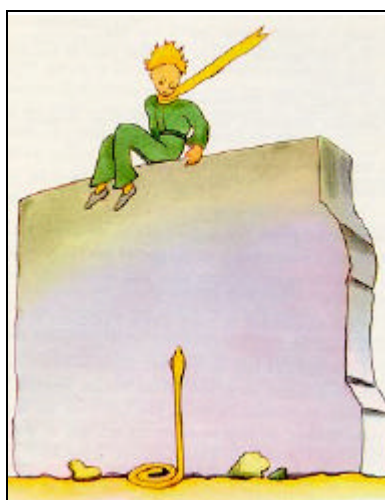
La Tierra presenta una multitud de modos de ser, se nos presentan como modelos. Podemos constituir a cualquiera de ellos en ejemplo de nuestra acción. Los modos de ser aludidos en los capítulos anteriores eran, en mayor o menor medida, defectuosos. Así ocurre en la realidad: la gente que tenemos a nuestro alrededor está plagada de defectos, de aspectos que no acaban de ir bien.

Pero entonces, ¿cómo maduraremos? Igual que vimos que el Principito obligó al aviador a rechazar los distintos dibujos, hasta que fue creativo. Se trata de ver lo que hay de malo, procurando evitarlo y construyendo (inventando) nuestra vida.

*«La
Tierra
simboliza el
mundo real»*

XVII. La pérdida de la inocencia

Resumen. Las personas mayores piensan ocupar mucho espacio sobre la Tierra, pero realmente no es así. De hecho, el Principito, al llegar a la Tierra no vio a nadie. Apareció entonces una serpiente que le informó de que se encontraba en el desierto. En el desierto no hay hombres, se está un poco solo. También se está solo con los hombres, añadió la serpiente.



La serpiente es pequeña como un dedo pero poderosa como el dedo de un rey: puede volver a la tierra todo lo que toca. Pero no al Principito ya que es puro y viene de una estrella.

La serpiente habla en enigmas. Pero los resuelve todos.

Comentario. La serpiente es un símbolo muy especial. Es el único que en El Principito aparece dos veces. Volveremos a verlo al final del libro.

Ningún animal vive tan pegado a la tierra como la serpiente: sale de la tierra, se arrastra por ella, a veces parece identificarse con la tierra misma. De hecho la serpiente es el símbolo telúrico por excelencia. La presencia del símbolo de la serpiente en diversas tradiciones culturales y en distintas religiones es muy grande, y en cada una de estas tradiciones presenta características peculiares.

Saint-Exupéry recibió en su infancia una formación católica, de la que se fue alejando con el tiempo para finalmente volver a ella en la madurez, que es preci-

samente el periodo en el que escribe El Principito. En esta época el influjo del pensamiento cristiano en Saint-Exupéry es notable. Cualquiera que conozca medianamente la Biblia podrá comprobarlo leyendo Ciudadela, obra plagada de resonancias bíblicas.

Por eso me parece de interés usar como modelo hermenéutico el papel de la serpiente en la Biblia

que, como aquí, aparece también dos veces: en el primer y último libro de la Biblia (Génesis y Apocalipsis).

Es conocido el relato del Génesis. Dios coloca al género humano (Adán y Eva) en el paraíso con una única limitación: no pueden comer del árbol del bien y del mal. Todo lo demás les está permitido. Se encuentran en un estado de pureza e inocencia perfecta. Aparece entonces la serpiente y entabla un diálogo con la mujer, le pregunta por qué no pueden comer de ese árbol. Eva no lo sabe. La serpiente sí: si coméis de ese árbol seréis como dioses, conocedores del bien y del mal. El resto es conocido.

Vemos que la serpiente del Génesis presenta similitudes importantes con la del Principito: habla en enigmas, sugiere, dirige la conversación en una determinada dirección pero, sobre todo, es consciente de la inocencia, de la pureza de los seres con quienes habla. La acción de la serpiente les induce a obrar de manera que adquieran conocimiento, el conocimiento del bien y del mal. Saber del bien y del

mal es saber de la vida, pues la vida humana se fragua en esa tensión.

Reparemos en un detalle importante: conocer el bien y el mal no es lo mismo que hacer el mal. Obrar mal es malo, pero saber qué es bueno y qué es malo, no es malo. La serpiente -identificada con el diablo en la tradición bíblica- aparece como la que propicia que Adán y Eva se decidan a iniciarse en el conocimiento del bien y del mal. Y eso no implica obrar mal, pero es algo malo. Es malo porque el conocimiento del bien y del mal supone haber perdido la inocencia. Tras la caída, Adán y Eva son conocedores del bien y del mal, pero no son puros (como aparece el Principito ante la serpiente en este capítulo): han perdido la inocencia, el Paraíso.

En cualquier vida humana ocurre lo mismo. La infancia es la edad de la pureza, de la inocencia, también de la ingenuidad. Pero eso es así hasta que el niño empieza a calibrar lo que está bien y lo que está mal. Entonces va perdiendo la inocencia, o lo que es lo mismo, empieza a tener uso de razón. Pienso que, en este sentido, la serpiente es símbolo precisamente de la razón.

La razón plantea enigmas y los

resuelve. La razón nos pone ante el bien y el mal, y así nos hace capaces de elegir uno u otro (ya lo vimos, al tratar el tema de la libertad, en el capítulo 3). Esa es una dimensión de la razón.

Sabemos lo que es bueno y lo que es malo. Vemos gente dominante, vanidosa, egoísta, cegada por el ansia de placer, etc. Pero vemos que eso es malo. Y vemos también que podemos elegir ser así. Somos libres. Podemos querer ir siempre a la nuestra, y podemos "justificarlo" diciendo que muchos (o todos) obran así. Es igual. Si elegimos esa opción, nosotros estamos convirtiéndonos en ese tipo de persona. Y somos responsables. Responsables de nuestra vida (los demás de la suya).

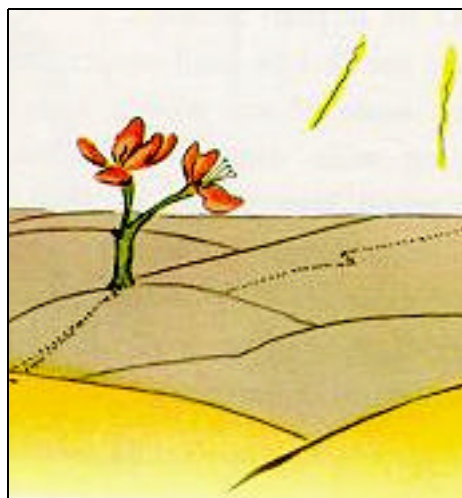
Pero otra dimensión de la razón es la que viene simbolizada en la segunda aparición de la serpiente. En el Apocalipsis, la Virgen María (nueva Eva) aplasta la cabeza de la serpiente. En la siguiente apa-

rición de la serpiente, el Principito muere. Ya hablaremos de eso más adelante. No obstante, me parece de interés observar desde ahora la nueva coincidencia: en ambos casos la serpiente-razón provoca la muerte, la destrucción de la inocencia.

«El conocimiento del bien y del mal supone haber perdido la inocencia»

XVIII. El respeto

Resumen. El Principito atravesó el desierto y lo único que encontró fue una flor con sólo tres pétalos, una flor de nada, a la que el Principito le preguntó por los hombres. —¿Los hombres? Existen, creo, seis o siete. Los vi hace años. Pero nunca se sabe donde encontrarlos. El viento los mueve. Carecen de raíces.



dirige a una especie de "humanidad" abstracta, inexistente. Quien merece respeto es mi compañero de trabajo, quien viaja conmigo en autobús, mi padre, mi hijo; en definitiva, las personas concretas que con nosotros viven o conviven o, simplemente, se cruzan fugazmente en nuestro camino. Esta cuestión, importante, es un

Comentario. Este capítulo y el siguiente constituyen temáticamente lo relativo a los primeros pasos del Principito en la Tierra, es decir, los primeros descubrimientos que hace una persona que está intentando madurar.

La flor constituye un símbolo de un determinado modo de ser. Se trata de la gente que juzga a los demás según el modelo de su propio modo de ser. Desde la óptica de la flor lo ideal, en el sentido de lo bueno, consiste en tener raíces. Por eso ve a los hombres como faltos de algo importante: con el defecto de carecer de ellas y ser arrastrados por el viento.

Hace siglos expresó Séneca la idea de que homo sacra res homini, el hombre es algo sagrado, y lo que es sacro ha de ser tratado con reverencia. La persona ha de ser respetada, considerada siempre como un fin, apostilla Kant.

Conviene caer en la cuenta de que este respeto que el hombre merece será totalmente ineficaz si se

aspecto de lo que se ha desarrollado en la filosofía moderna bajo el epígrafe "diferencia".

Para poder respetar se requiere un paso previo: aceptar la diferencia. No se trata de comprender, mucho menos de apoyar. Se trata de algo mucho más básico: admitir que somos diferentes y que, por tanto, tenemos cualidades, actitudes, preferencias, etc. muy diversos; y que lo que a nosotros nos entusiasma, a otros les importa un bledo.

Cuando aceptamos la diferencia, las dificultades se allanan. Pondré un ejemplo. Si describimos "objetivamente" el comportamiento de un bebé, constataremos que eructa, babea, ensucia lo que tiene a su alrededor, etc. Y eso que hace el bebé es normal, aceptando que él es lo que es. Lo que hace un bebé estaría mal en un adulto. Pero el niño es diferente: cualquier persona normal lo acepta. Eso no significa que me resulte agradable que me ensucie la ropa, pero lo entiendo. Puesto que comprendo que el bebé tiene un comportamiento determinado (que, insisto, no tiene por qué resultarme simpáti-

co) estoy en disposición de ponerme en su lugar, considerar el valor intrínseco de que el bebé está dotado. Y eso es respetar. El respeto tiene su base en la comprensión de la diferencia de la persona a la que se respeta.

Por eso, cuando alguien no se siente comprendido, no se siente tampoco respetado. El pretendido respeto sin comprensión parece pobre.

La flor de este capítulo está sola, su incapacidad para acoger los diferentes modos de ser o su desinterés, la aíslan.

Capítulos atrás señalamos

la necesidad que todo hombre tiene de ser acogido y valorado. Habría que añadir ahora una

nueva dimensión igualmente importante: la necesidad de valorar y de acoger. El hombre está hecho para encontrarse con sus semejantes, para acogerlos amorosamente. Cuando esta tendencia se trunca, se amará a sí mismo y despreciará a los demás.

La mitología griega desarrolla este asunto con la

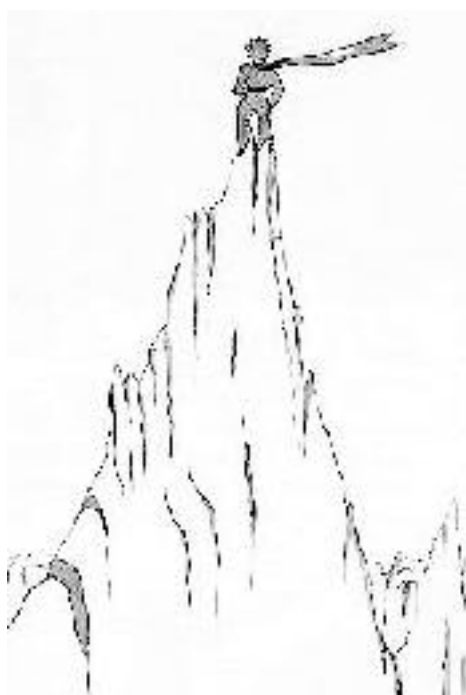
historia de Narciso, el hermoso joven que no tenía ojos ni oídos para nadie que no fuese él mismo. Narciso se caracteriza por la complacencia en sí mismo, la autosuficiencia que le lleva a aislarse de tal modo que es incapaz

incluso de reconocer el amor que la ninfa Eco le profesa.

*«La flor de este capítulo
está sola, su incapacidad
para acoger los diferentes
modos de ser o su
desinterés, la aíslan»*

XIX. La vaciedad interior

Resumen. El Principito subió a una montaña elevada con la intención de ver desde allí todo el planeta y todos los hombres, pero lo único que vio fue agujas de rocas bien afiladas. Comenzó a hablar pero sólo respondía el eco, repitiendo lo que él decía. «¡Qué planeta tan curioso! pensó entonces. Está todo seco, todo puntiagudo, todo salado. Y los hombres carecen de imaginación. Repiten lo que se les dice... En mi casa yo tenía una flor: ella hablaba siempre la primera...».



Comentario. El Principito va descubriendo poco a poco la aridez del mundo. La Tierra, el mundo real en el que cada uno va forjando su propia personalidad, aparece como seca, puntiaguda, salada. Y aparece así tras el esfuerzo realizado para descubrirla (para ver todo el planeta y todos los hombres).

El camino hacia sí mismo es difícil. Ocurre que la vida no es un juego que uno abandona cuando ya no le divierte o empieza a irle mal porque las últimas jugadas no han sido buenas o los otros jugadores han sido más hábiles o malvados. Nuestros actos tienen consecuencias que arrastramos a lo largo del camino de la vida.

Situarse en la vida supone esfuerzo. En cualquier sentido que se le otorgue a la expresión "situarse

en la vida". Si la tomamos en su acepción más honda, como equivalente a "tomar las riendas de la propia existencia", tal como lo hemos hecho a lo largo de esta obra, entonces el esfuerzo ha de ser más duro. Nos va en ello no la vida, sino el sentido de la vida.

La segunda idea que me parece destacable hace referencia al eco. Al final del capítulo anterior hacíamos referencia al mito de Narciso y Eco, la ninfa que había sido castigada por Hera a no hablar nunca la primera y sólo poder repetir las últimas

palabras que había oído. El Principito al final de este capítulo interpreta el fenómeno del eco diciendo que los hombres carecen de imaginación. Repiten lo que se les dice...

Si volvemos al comienzo de la obra recordaremos al aviador, y su queja por que ninguna de las personas mayores que conocía era capaz de saber lo que era su dibujo; es decir, ninguna tenía imaginación. Aquí Saint-Exupéry subraya que una de las cualidades de las personas mayores es el vacío interior que se enmascara cuando la gente tiene conversaciones vacías de significado, como hace el eco repitiendo lo que se dice.

El eco es alegoría de la vaciedad interior porque no aporta nada al diálogo, es un mero sonido sin alma. Símbolo de conversación insustancial que sólo

llena tiempo pero no enriquece a quienes dialogan, donde no hay verdaderas preguntas ni respuestas. Y no hay preguntas porque no se anhela el encuentro con el otro, como ocurre con Narciso. O hay preguntas que sólo son apariencias, ya que «cuando el que pregunta no se interesa en el asunto, es que desprecia», como ocurre una vez más con Narciso y la personalidad narcisista.

Incluso hay esquemas de conversación, es decir, conversaciones absolutamente predecibles. Baste pensar en el intercambio de palabras entre dos hinchas de equipos de fútbol rivales, o los militantes de partidos políticos diversos, o sobre el buen o mal tiempo que hace últimamente, y así hasta la saciedad. Este es un tipo de conversación no interesante, vacía, que puedo tener con mi vecino en el ascensor o con el camarero del bar.

Como la realidad humana está cualitativamente diferenciada, podemos establecer en un plano una conversación vacía, pero si con una persona con la que se posee intimidad también mantenemos fundamentalmente este tipo de conversaciones vacías, entonces hay peligro. El verdadero problema

estriba en hablar con todo el mundo igual, puesto que eso es signo de no haber distinguido adecuadamente las personas con quienes nos relacionamos, de no haber creado distinto tipo de lazos, y, en definitiva, de no tener un verdadero amigo... Si, por el contrario, establezco distintos planos y tengo un nivel de conversación dependiendo de la persona o el momento, es decir, con mi vecino hablo de fútbol, con la persona que coincido en el ascensor, hablo del tiempo, pero con mis amigos hablo de asuntos que tocan mi intimidad, entonces la cosa cambia.

El Principito, siempre pensando en su flor, se da cuenta de que ella, la persona a la que ama, no es así: siempre hablaba la primera, ella era original, creativa. El Principito va descubriendo aspectos que, ciertamente son negativos y muy extendidos. Pero esos aspectos negativos no le llevan a la desesperanza sino a ver con mayor nitidez,

«El Principito está madurando y por eso descubre cualidades en la gente a la que quiere»

por el contraste, lo positivo que hay en el mundo. El Principito está madurando y por eso descubre cualidades en la gente a la que quiere. Está aprendiendo y por eso está capacitado para ver cosas que antes no veía.

XX. Acostumbramiento y devaluación

Resumen. Tras haber pasado por multitud de dificultades encontró un camino que le condujo hasta un jardín de rosas idénticas a la suya. En ese momento descubrió que su rosa no era única en el uni-



verso, sino una rosa más, una rosa ordinaria. Entonces cayó en la cuenta de que con una rosa ordinaria y tres pequeños volcanes (uno quizá extinguido para siempre), no se podía considerar un gran príncipe.

Y, tendido en la hierba, lloró.

Comentario. En este relato, la rosa es símbolo de la mujer amada. Por eso el jardín de rosas simboliza el descubrimiento de las otras mujeres. Y ahora le parecen iguales a su rosa.

En un primer momento ocurre que la mujer amada se nos aparece como única, irrepetible, absolutamente distinta y mucho mejor que todas las otras personas. Pero llega un momento en el que un enfado o la rutina hace que nos olvidemos de lo que la hacía tan especial y nos hace caer en la cuenta de que esta mujer, en el fondo, es como todas. La expresión, dicha en tono peyorativo, ¡Todas las mujeres son iguales! manifiesta esta situación.

Diríamos que se ha roto el embrujo, se ha acabado el enamoramiento para entrar en la realidad. Pero la rosa sigue siendo la misma, aunque haya otras, ¿qué ha cambiado? quizá el modo de mirarla. Quizá nos hemos acostumbrado a lo

bueno y empezamos a estar molestos por los aspectos menos agradables de la relación, por el hecho de que en la relación yo también he de aportar algo. No todo es recibir.

Sea como fuere, ocurre que la rosa, la persona amada, pasa de ser única en el universo a ser una más, una del montón. No pretendo ahora detenerme en las causas ni en las posibles soluciones. Por el contrario, me interesa subrayar la devaluación de la persona amada y su efecto en el Principito.

Tras constatar que su rosa es una más, el Principito cae en la cuenta de que lo que él posee es bien poco: una rosa ordinaria y tres volcanes que no le llegan a la rodilla (uno de los cuales quizá extinto para siempre). Lo primero que constata el Principito es que su mundo (no sólo su rosa, también su mundo) queda devaluado. La conclusión que se obtiene de todo ello es que no se puede decir que sea un gran príncipe...

Observemos la cadencia de las ideas: la depreciación de lo que antes era amado genera la depreciación del mundo, de las cosas en relación a las cuales se desarrolla la vida para, finalmente, generar una desvaloración de la propia existencia.

Y es que "todas las mujeres son iguales" sólo se sostiene simultáneamente con "todos los hombres son iguales" y, por tanto, no sólo ella es una más, del montón, sino que necesariamente, él también es uno más, del montón.

Lo esencial es invisible a los ojos

La idea expresada en este capítulo no es más que una concreción de lo que hemos dicho repetidas veces: el hombre es un ser relacional y la relación tiene, por así decirlo, dos extremos: el yo y el tú. Si se valora y aprecia al tú, el yo queda

realzado. Si se deprecia al otro, el yo también sufre.

Por eso el Principito, tendido en la hierba, lloró.

Porque el llanto expresa el hundimiento del mundo espiritual en el que había vivido.

*«Ocurre que la rosa, la
persona amada, pasa de
ser única en el universo
a ser una más, una del
montón»*
